



## CAPÍTULO X

**En el cual vamos al palacio de Iezid. El rencoroso Tara-Tir no confía en el calculista. Los pájaros cautivos y los números perfectos. El "Hombre que calculaba" exalta la caridad del sheik. Oímos una tierna y arrebatadora canción.**



ería poco más de las cuatro cuando dejamos la posada y nos dirigimos a la casa del poeta Iezid Abul-Hamid.

Guiados por un amable y diligente criado, atravesamos de prisa las calles tortuosas del barrio Mouassan, yendo a dar un suntuoso palacio que se erguía en medio de un bello jardín.

Beremís quedó encantado con el aspecto artístico que el rico Iezid procuraba dar a su residencia. En el centro del parque levantábase una gran cúpula plateada, donde los rayos solares se deshacían en fulgores rutilantes. Un gran patio, por fuerte portón de hierro, ornamentado con todos los recursos del arte, daba entrada hacia el interior.

Un segundo patio interno, con un bien cuidado jardín en su centro, dividía el edificio en dos cuerpos. Uno de ellos estaba destinado a los aposentos particulares y el otro a las salas de reunión, así como a un comedor, en el cual el sheik cenaba, a veces, en compañía de poetas y escritores.

El aspecto exterior, a pesar de la artística ornamentación del vestíbulo, era triste y sombrío. Quien reparase en las ventanas enrejadas no podía sospechar la pompa y el arte con que todos los aposentos estaban decorados.

Una galería con lindas arcadas sostenidas por nueve o diez esbeltas y delgadas columnas de mármol blanco con arcos recortados elegantes capiteles, con las paredes revestidas de azulejos en relieve y el piso de mosaico, comunicaba los dos cuerpos del edificio; dos largas escalinatas, también de mármol, conducían al jardín, donde flores de diversas formas y perfumes bordeaban un tranquilo lago.

Un vivero lleno de pájaros, adornado con mosaicos y arabescos, parecía ser lo más importante del jardín. Había allí aves de exóticos cantos de variadas formas y rutilantes plumajes. Algunas, de peregrina belleza, pertenecían a especies para mí desconocidas. Nos recibió el dueño de casa, con mucha simpatía, viniendo a nuestro encuentro en el jardín. Se hallaba en su compañía un joven moreno, delgado y de amplios hombros, que nos resultó simpático. Tenía un modo agresivo de mirar, y la forma en que hablaba era bastante desagradable, llegando, en ciertos momentos, hasta ser insolente.

- ¿Es pues, éste el calculista? –observó, subrayando las palabras con tono de menosprecio-. Me admira tu buena fe, querido Iezid. Vas a permitir que un mísero encantador de serpientes se aproxime y dirija la palabra a la encantadora Telassim. ¡No faltaba más! ¡Por Alah, que eres ingenuo!

Y pronunció una carcajada injuriosa.

Aquella grosería me sublevó. Tuve ímpetus de repeler la descortesía de aquel atrevido. Beremís, sin embargo, continuaba imperturbable. Era posible, tal vez, que el algebrista descubriera, en las palabras insultantes que oyera, nuevos elementos para hacer cálculos o para resolver problemas.

El poeta, mostrándose apenado por la actitud poco delicada de su amigo, dijo:

- Perdone, señor calculista, el juicio precipitado que acaba de hacer mi primo "el-hadj" Tara-Tir<sup>1</sup>. Él no conoce, ni puede evaluar su capacidad matemática, pues está por demás ocupado por el futuro de Telassim.

- No lo conozco, es claro; no me empeño mayormente en conocer los camellos que pasan por Bagdad en busca de sombra y alfalfa –replicó iracundo Tara-Tir, con insultante desprecio.

Y siguió hablando de prisa, nervioso y atropelladamente:

- Puedo probar, en pocos minutos, primo mío, que estás completamente engañado respecto a la capacidad de ese aventurero. Si me lo permites, yo lo confundiré con dos o tres simplezas que oí a un maestro de escuela en Mosul.

- Seguramente –convino Iezid-. Puedes interrogar a nuestro calculista y proponerle, ahora mismo, el problema que quisieras.

- ¿Problema? ¿Para qué? ¿Quieres confrontar a un chacal que aulla con un "ulema" que estudia? –interrumpió groseramente-. Te aseguro que no será necesario inventar problemas para desenmascarar al "sufi"<sup>2</sup> ignorante. Llegaré al resultado que pretendo sin fatigar la memoria, más rápidamente de lo que piensas.

Y, apuntando hacia el gran criadero, interpretó a Beremís, fijando en nosotros sus pequeños ojos acerados, que brillaban inexorables:

- Respóndame, calculista del "Patito"<sup>3</sup>, ¿cuántos pájaros hay en ese criadero?

Beremís Samir cruzó los brazos y se puso a observar con viva atención. Sería prueba de insana, pensó tratar de contar tantos pájaros, que inquietos volaban por todos lados, ya cruzándose en el aire, ya sustituyéndose en las perchas con increíble ligereza.

Al cabo de algunos minutos se volvió el calculista hacia el generoso Iezid y le dijo:

- Ruego a vos, jefe, mandéis soltar inmediatamente tres pájaros cautivos. Será de ese modo más fácil y agradable, para mí, enunciar el número total.

Aquel pedido tenía todo el aspecto de un disparate. Está claro que quien cuenta cierto número, podrá contar, fácilmente, ese número más 3.

Iezid, intrigadísimo, con el inesperado pedido del calculista, hizo comparecer al encargado del criadero y le dio órdenes para que la solicitud del calculista fuese atendida: libertados prontamente, tres lindos colibríes volaron rápidos por el cielo hacia fuera.

- Se encuentran ahora en el criadero –declaró Beremís- cuatrocientos noventa y seis pájaros.

- ¡Admirable! –exclamó Iezid entusiasmado-. Es así. Mi colección era de medio millar.

Descontando los tres que ahora solté y un ruiseñor que envié a Mosul, quedan precisamente 496.

La suma de los divisores de 496, menores a 496 es:

1  
2  
4  
8  
16  
31  
62  
124  
248

**Suma = 496**

- Acertó por casualidad –rezongó, lleno de rencor, el terrible Tara-Tir.

El poeta Iezid, instigado por la curiosidad, preguntó a Beremís:

- ¿Puede decirme, amigo mío, por qué prefirió contar 496, cuando es tan sencillo contar 496 + 3, o sea 499?

- Puedo explicarle, oh sheik, la razón de mi pedido –respondió Beremís con altivez-. Los matemáticos procuran siempre dar preferencia a los números notables y evitar los

resultados inexpresivos o vulgares. Ahora bien: entre 499 y 496 no se puede dudar. El número 496 es un *número perfecto* y debe merecer nuestra preferencia.

- ¿Y qué es un número perfecto? –preguntó el poeta.

- Número perfecto –aclaró Beremís- es el que presenta la propiedad de ser igual a la suma de sus divisores, excluyéndose, claro está, el propio número. Así, por ejemplo, el número 28 presenta 5 divisores, menores que 28, son: 1, 2, 4, 7 y 14.

La suma de estos divisores,

$$1 + 2 + 4 + 7 + 14 = 28$$

por consiguiente, 28 pertenece a la categoría de los denominados números perfectos.

El número 6, también lo es. Los divisores de 6 (menores que 6) son 1, 2 y 3, cuya suma es 6. Al lado de 6 y de 28 puede figurar 496, que es también, como ya dije, un número perfecto<sup>4</sup>.

El rencoroso Tara-Tir, sin querer oír más explicaciones, se despidió del sheik Iezid y se retiró destilando rabia, por la gran derrota sufrida al pretender poner en evidencia la falta de habilidad del calculista.

- Ruégole señor calculista –dijo Iezid- que no se ofenda por las palabras de mi primo Tara-Tir. Tiene él, exaltado temperamento, y desde que asumió la dirección de las minas de sal en Al-Derid, se ha vuelto irascible y violento.

Comprendí que el inteligente Beremís no deseaba causar disgusto al sheik, cuando respondió lleno de bondad:

- Dada la gran variedad de temperamentos y caracteres, no nos es posible vivir en paz con el prójimo sin refrenar nuestra ira y cultivar la paciencia. Cuando me siento herido por la injuria, procuro seguir el sabio precepto de Salomón:

*Quien de repente se enfurece, es tonto;*

*Quien es prudente, disimula el insulto.*

Y, después de una pequeña pausa, continuó:

- Estoy, sin embargo, muy agradecido al poderoso Tasra-Tir, y no le puedo guardar rencor, pues su turbulento primo me ofreció la oportunidad de hacer nueve actos de caridad.

- ¿Cómo?

- Cada vez que ponemos en libertad un pájaro cautivo –explicó el calculista- practicamos tres actos de caridad. El primero, para con la ave, restituyéndole la libertad que le había sido robada; el segundo, para con nuestra conciencia, y el tercero, para con Dios.

- Quiere decir, entonces, que si diera libertad a todos los pájaros del criadero...

- Yo os aseguro, oh sheik, que practicando mil cuatrocientos ochenta y ocho actos de caridad –replicó prontamente Beremís, como si ya supiese de antemano el producto de 496 por 3.

Impresionado por estas palabras, el generoso Iezid ordenó que fueran puestas en libertad todas las aves que se hallaban en el criadero.

Los siervos y esclavos quedaron aterrados al oír esa orden. La colección, formada con paciencia y trabajo, valía una fortuna. En ella figuraban perdices, colibríes, faisanes multicolores, gaviotas negras, patos de Madagascar, lechuzas del Cáucaso, y varias golondrinas rarísimas de China y de la India.

- ¡Suelten los pájaros! –ordenó nuevamente el sheik, agitando la mano resplandeciente de anillos.

Las grandes puertas de tela metálica se abrieron. En grupos, de a pares, los cautivos dejaban la prisión y esparcíanse por la arboleda del jardín.

Dijo entonces Beremís:

- Cada ave, con las alas extendidas, es un libro de dos hojas abierto en el cielo. Es un gran crimen robar o destruir esa pequeña biblioteca de Dios.

En ese momento oímos el comienzo de una canción; la voz era tan tierna y suave, que se confundía con el trino de las golondrinas y el arrullar de las palomas.

Al principio era una melodía afable y triste, llena de melancolía y recuerdo, como las endechas de un ruiseñor solitario; animóse, luego, en un crescendo vivo, en gorjeos complicados, en trinos argentinos, entrecortados con gritos de amor que contrastaban con la serenidad de la tarde, y revoloteaban por el espacio como si fueran hojas que llevara el viento. Por último volvió al tono triste del principio, lanzando una nota desgarradora que quedó flotando en la límpida atmósfera, como un suspiro de virazón:

*Si yo hablase las lenguas de los hombres  
y de los ángeles y no tuviese caridad,  
sería como el metal que suena,  
o como la campana que tañe,  
¡Nada sería!... ¡Nada sería!...*

*Si yo tuviese el don de la profecía y toda la ciencia,  
de tal manera que transportase los montes,  
y no tuviese caridad.  
¡Nada sería!... ¡Nada sería!...*

*Si distribuyese todos mis bienes para el sustento  
de los pobres  
y entregase mi cuerpo para ser quemado,  
y no tuviese caridad.  
¡Nada sería!... ¡Nada sería!...*

El encanto de aquella voz parecía envolver la tierra en una ola de indefinible alegría. El día parecía más claro, el cielo más azul y el aire más leve.

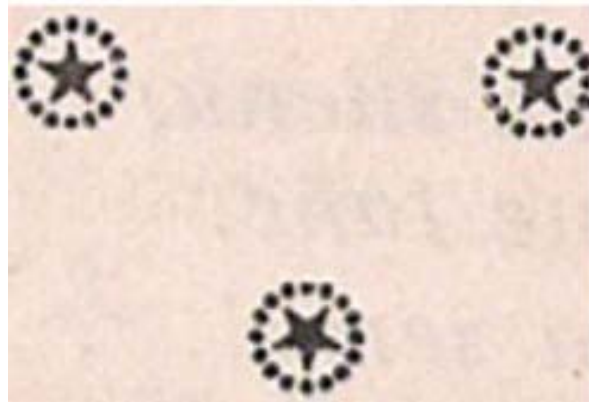
- Es Telassim que canta –explicó el jefe al reparar en la atención con que oíamos embebidos la extraña canción.

La bandada de pájaros que revoloteaba llenaba el espacio con sus alegres notas de libertad. No eran más que 496, pero daban la impresión de que eran diez mil!...

- ¿Y de quién son esos brillantísimos versos?<sup>5</sup> –indagué.

- No lo sé. Una esclava cristiana los enseñó a Telassim y ella jamás los olvidó. Deben ser de algún poeta nazareno<sup>6</sup>.

Subimos, y así se inició la primera lección de Matemática.



<sup>1</sup> La expresión "el-hadj", cuando precede a un nombre, indica, que la persona ya fue en peregrinación a la Meca. (M.T.)

---

<sup>2</sup> *Sufi* – secta musulmana de Persia.

<sup>3</sup> Referíase, con escarnio, a la posada donde vivía Beremís.

<sup>4</sup> Los números perfectos pares están dados por la siguiente expresión:  $2^{m-1} \times (2^m - 1)$ , en la que el factor  $(2^m - 1)$  debe ser un número primo. Así por ejemplo los seis primeros números perfectos que se obtienen con la fórmula, resultan de hacer  $m = 2, 3, 5, 7, 13, 17$ , y son, respectivamente, los siguientes:

6, 28, 496, 8.128, 33.550.336, 8.589.869.056

Ya hubo un matemático que se tomó el trabajo de calcular el número perfecto que resulta haciendo  $m = 6$ , obteniendo:

2 658 455 991 569 831 744 654 692 615 953 842 176

<sup>5</sup> Las palabras citadas, bajo forma de verso, son de la primera epístola de San Pablo a los Corintios. (M. T.)

<sup>6</sup> *Nazareno* – Denominación que los árabes daban a los cristianos. (M. T.)